

HERMANA  
adiós





© Esperanza Merino Álvarez  
emerinophoto@gmail.com  
Queda rigurosamente prohibida,  
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,  
bajo las sanciones establecidas en las leyes,  
la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier  
método o procedimiento informático.

# HERMANA adiós

Esperanza Merino

Para mi hermana Camino:

“[...] Hay una selva virgen en cada uno;  
un campo nevado en el que se desconocen incluso  
las huellas de los pájaros.  
Aquí vamos solos, y lo preferimos”.

(Woolf, 2014, p. 36)





Este pequeño libro no surgió con premeditación; llevaba un tiempo escenificando imágenes que barruntaban negros presagios, mariposas negras flotaban en el aire. En realidad, al estudiar la representación de la muerte en el arte occidental me he dado cuenta de que eran simplemente nuevas aproximaciones a temas muy repetidos: la muerte y la doncella, las danzas macabras, *vanitas* e incluso algún que otro *dybbuk* (1) parecía rondar a mi alrededor.

Cuando me dijo que iba a morir, lloré con ella, pero me resistía a la inacción; supuse que podríamos hacerla cambiar de opinión y convencerla para buscar resquicios de esperanza, pero eso no sucedió. Había regresado a casa con el convencimiento de que iba a morir y destilando tristeza; no sé si hablaba su alma o era la enfermedad la que la hacía mirar el mundo a través del cristal sucio (2) que es un cuerpo dolorido y débil del que no puedes separarte. Ya desertora del ejército de los erguidos (3), aparentaba indiferencia, pero albergaba una violenta pasividad en ese corazón dolorido.

Mujer enigmática, contradictoria, hermética y distinta (4), una diosa glamurosa y muda, siempre envuelta en el humo de un cigarrillo que aspiraba como si de un elixir de vida se tratara.

Los meses siguientes quedan mejor reflejados en este pasaje de *El Diario de Alice James*:

“Esta agonía lenta es sin duda instructiva, pero decepcionantemente carente de emociones; es la “naturalidad” llevada a su suprema expresión. Uno va abandonando una actividad tras otra, y no llega a percibir que han desaparecido, hasta que súbitamente se da cuenta de que han pasado los meses y el sofá no volverá nunca a ser visitado, leído el periódico de la mañana o lamentada la pérdida de un libro nuevo; te mueves con igual conformidad dentro del círculo disminuyente hasta que se alcanza el punto de desaparición, digo yo”. (James, 2003, p. 275)

(1) *Dybbuk* es, en el folclore judío, un espíritu maligno capaz de poseer a otras criaturas.

(2) La metáfora del *crystal sucio* aplicada al cuerpo aparece en este fragmento de Virginia Woolf en su libro *De la enfermedad*:

“[...] la literatura procura sostener por todos los medios que se ocupa de la mente; que el cuerpo es una lámina de vidrio plano por el que el alma ve directa y claramente y, salvo por una o dos pasiones, como deseo y codicia, es nulo, insignificante e inexistente. Mas lo cierto es todo lo contrario. El cuerpo interviene todo el día, toda la noche; se embota o agudiza, se embellece o se marchita; se vuelve cera en el calor de junio, se endurece como sebo en la oscuridad de febrero. La criatura de su interior solo puede mirar por el cristal sucio o sonrosado; no puede separarse del cuerpo como la vaina de un puñal o de un guisante ni un momento”. (Wolf, 2014, p. 27)

(3) *Desertor del ejército de los erguidos* es una expresión utilizada por Virginia Woolf en su libro *De la enfermedad* para aludir al enfermo en párrafos como este:

“[...] En cuanto nos vemos obligados a guardar cama o a reposar entre almohadones en un sillón y alzamos los pies unos centímetros sobre el suelo en otro, dejamos de ser soldados del ejército de los erguidos; nos convertimos en desertores. Ellos marchan a la batalla. Nosotros flotamos con las ramitas en la corriente; revueltos con las hojas muertas en el prado, irresponsables e indiferentes y quizá por primera vez en años capaces de mirar a nuestro alrededor, alzar la mirada y ver, por ejemplo, el cielo”. (*ibid.*, p. 36)



A pesar de ello, disfrutaba y seguía percibiendo la belleza, especialmente observando desde su tumbona, integrada en la naturaleza, el cielo y las pequeñas aves que nos visitan; todavía hoy, siempre que veo un colirrojo tizón o una ninfa de los arroyos (mariposa *Limenitis reducta*), me parece que está cerca. También gozaba del placer de los sabores: los disfrutaba con una atención consciente casi meditativa; la elaboración de un pan era todo un ritual. Llenaba las horas creando pequeños objetos con su manos, dibujaba, restauraba y redecoraba pequeños muebles con una meticulosidad y una paciencia que parecían expresar que tenía todo el tiempo del mundo. Centrada en el aquí y el ahora, parecía poner en práctica algún dicho zen.

Durante ese tiempo, no la vi escribir con continuidad. Solo cuando fuimos a recoger sus cosas encontré una caja con papeles, fragmentos deslavazados de un diario que comenzó a escribir en el momento en que sospeché lo peor y que terminan cuando partió de Cádiz para no volver.

Quedaron guardados en un cajón, esperando el momento en que me sintiera con fuerzas para leerlos; cuando lo hice, me sorprendió que, sin haberlo pretendido, casaran tan bien con las imágenes que construí durante ese tiempo, conectadas a distancia a través de canales del subconsciente. Creo que éramos mucho más parecidas de lo que podría parecer a primera vista.

Sus palabras, a medio camino entre prosa y verso, son fragmentos veraces de sus sentimientos ante el trance más amargo; transmiten un mundo interior hipersensible e inteligente que nos pone de frente ante la muerte.

Ella habla de miedo, pero a mí me parece tremendamente valiente, aunque insensata; su actitud todavía me duele. Hubiera deseado que compartiera conmigo su diagnóstico, que no lo guardara en su interior hasta que ya no hubiera vuelta atrás.

(5) La expresión *las metáforas matan* aparece en *De la enfermedad y sus metáforas* y *El sida y sus metáforas* de Susan Sontag. La explican muy bien estas frases, que resumen su pensamiento: “Cualquier enfermedad importante cuyos orígenes sean oscuros y su tratamiento ineficaz tiende a hundirse en significados. En un principio se le asignan los horrores más hondos (la corrupción, la putrefacción, la polución, la anomia, la debilidad). La enfermedad misma se vuelve metáfora. [...] Pensar que la única explicación de una enfermedad es que tiene un gran número de causas es precisamente lo que caracteriza a las enfermedades cuyas causas no se comprenden. Y son estas enfermedades, de causas supuestamente múltiples (o sea, enfermedades misteriosas), las que más posibilidades ofrecen como metáforas de lo que se considera moral o socialmente malo”. (Sontag, 2014, p. 74)

[...] Porque desgraciadamente había comprobado, una y otra vez, que las trampas metafóricas que deforman la experiencia de padecer cáncer tienen consecuencias muy concretas: inhiben a las personas impidiéndoles salir a buscar tratamiento a tiempo o hacer el esfuerzo necesario para conseguir un tratamiento competente. Me convencí de que las metáforas y los mitos matan”. (*ibid.*, pp. 115-116)

(6) La belleza “a pesar de” alude a este párrafo de *La muerte en Venecia*:

[...] Aschenbach había anotado sin ambages que casi todo lo grande que existe, existe como un “a pesar de”, y adquiere forma pese a la aflicción y a los tormentos, pese a la miseria, al abandono y la debilidad física, pese al vicio, a la pasión y a mil impedimentos más”. (Mann, 1994, p. 17)

No podía tirar a la papelera o dejar en el olvido esos fragmentos de vida, reflexiones que por su crudeza y sinceridad nos enfrentan a nuestros miedos y nos hacen mirar de frente algo que no queremos ver.

Me parece que este pasaje de *La muerte en Venecia* los define en cierta manera: “Las observaciones y vivencias del solitario taciturno son a la vez más borrosas y penetrantes que las del hombre sociable, y sus pensamientos, mas graves, extraños y nunca exentos de cierto halo de tristeza. Ciertas imágenes e impresiones de las que sería fácil desprenderse con una mirada, una sonrisa o un intercambio de opiniones, le preocupan más de lo debido, adquieren profundidad e importancia en su silencio y devienen vivencia, aventura, sentimientos. La soledad hace madurar lo original, lo audaz e inquietantemente bello, el poema. Pero también engendra lo erróneo, desproporcionado, absurdo e ilícito”. (Mann, 1994, pp. 34-35)

El texto está imbuido de todas esas *metáforas que matan*, como expresaba Susan Sontag (5), de las que es imposible desligarse. Pero también de metáforas que nos permiten vislumbrar la belleza a “pesar de” (6) y son la manera de traer a lo visible lo invisible.

La representación del cadáver en toda su crudeza me parecía obscena y la descarté; el cuerpo muerto solo es una vaina vacía que nos pone ante el abismo. He querido representar todo el proceso mental desde la sospecha, el diagnóstico, el miedo, la ira, el dolor, la resignación, la agonía, la muerte y el deseo de trascendencia.

Este proyecto es mi forma de mirar a la muerte a través del arte; de dar salida a mi duelo a través de una secuencia de imágenes que, trenzadas con los fragmentos del diario de mi hermana, quizá también conectarán con otr@s herman@s que sientan lo mismo.





Flota en el aire un silencio extraño.

Los objetos están cargados  
de un mensaje  
azul ultramar,  
verde esmeralda,  
ligero dorado.

Deseaba arraigar en un  
lugar de este mundo.  
Ahora,  
el aire de la ambigüedad  
es la única opción.